

del viento conversando con las ramas de los árboles de los parques o penetrando en las gargantas de las chimeneas; el rumor industrial de las máquinas calculadoras sonando en los medianos y grandes almacenes; el chillido de los gorrinos en el instante laborioso de la matanza; el ruido vigoroso de los aserraderos y la voz misteriosa de la sirena de los barcos aproximándose a los puertos; la flauta del afilador ambulante y el teletipo de las máquinas de escribir en manos de presurosas mecanógrafas; las recias voces de mando que emergían de la calle por las ventanas desde el fondo de los cuarteles; el dulce lamentar de los armonios y de los clavicordios en el interior de los templos; el sordo ronquido de las grúas, el sonido de las puertas cerrándose, el susurro de los grifos abiertos, el ruido de las gentes que gemían... Vale decir: cualquiera que, sin ánimo de mentir ni mentirse, transitara nuestra ciudad sentiría indignación ante el nombre —«silencio sepulcral»— que nuestros enemigos habían dado a una disposición de Arriba. Nuestra comunidad sonaba como debe sonar toda comunidad industrial que, sin desposeerse jamás de las amarras del pasado, se afana en la construcción de un futuro innumerablemente vendado por la felicidad. Sólo, es verdad, se echaba en falta el sonido de las voces humanas, detalle que, por cierto, al no ser nada nuevo, no consintió la alarma de nadie que no fuera extranjero, excepto cuando comenzamos a advertir el establecimiento de un fenómeno inesperado, inexplicable y poco después ligeramente aterrador: el común comenzó a expeler humo por la boca.

Ni qué decir que los servicios de espionaje no aborígenes se apresuraron a deducir una correspondencia inmediata entre el silencio obligatorio de nuestros ciudadanos y el humo que sin cesar los mismos expelían. Tales servicios, y la propaganda extranjera ulterior, se afanaron en el desafortunado, anticientífico y grotesco intento de convencer a los representantes de los foros internacionales de que el humo que sin cesar brotaba de las bocas calladas de nuestros ciudadanos se debía a una fantasmagórica elaboración del metabolismo diafragmático de nuestros ciudadanos, elaboración que equivaldría a una especie de combustible interno capaz de convertir el lenguaje inmovilizado en grandes e incontenibles bocanadas de humo. Tan inusitada deducción, fuera de toda sabiduría científica, no logró despertar en nosotros otra cosa que nuestra risa, mas como quiera que, aún apartado de tan malintencionada conjetura, el fenómeno era por los menos inoportuno (resultaba ciertamente antiestético contemplar a las gentes del común envueltas en su propia nube de un humo que brotaba, como enojado o amenazador, entre sus dientes), lo cierto es que, con prontitud, los Guías ordenaron a los hombres de ciencia averiguar el origen del que hubimos de nombrar el Enigma del Humo (EH), y así, los paleógrafos y los historiadores se ocuparon en consultar los empolvados manuscritos de las viejas bibliotecas y hemerotecas, los archivos municipales y las bibliotecas privadas —en este último caso, previa presentación de una orden de registro—; los dentistas, orientados por los comandantes de la Brigada de Información Ciudadana (BIC), interrogaron todas las dentaduras del común; los ecólogos fueron obligados a trabajar horas adyacentes a la búsqueda de una explicación; los gastroenterólogos y los encargados de los cuartelillos de policía formaron grupos mixtos para, aunando esfuerzos y duplicando técnicas, inquirir, in situ, las causas del fenómeno. Confiando en abolir o en eliminar el fenómeno fueron puestas en práctica diferentes medidas dietéticas: se incrementó el consumo de frutas frescas y la lectura de libros sagrados, se

repartieron casa por casa enormes cantidades de alcalinos y se llamó a servicio oficial a todos los psicoanalistas privados, los cuales, dicho sea en honor a la veracidad expositiva, acudían a su asignado sector de trabajo de mala gana, pues que a ellos mismos les brotaba el misterioso humo entre sus propios dientes. La preocupación comenzó cuando vimos, ya casi tenuemente horrorizados, cómo altos cargos de la Administración, aún teniendo licencia para hablar por lo menos lo imprescindible, igualmente expelían humo por su boca.

Mas la preocupación sólo había comenzado y por un tiempo sólo estuvo destinada a crecer. Por un lado, nuestros gobernantes, ante agresión de tanta novedad y de tanta insistencia, comenzaron a sufrir molestias en las vías respiratorias, de modo que perdieron el control de su voz y tenían que susurrar a gritos, dando a la propaganda enemiga la oportunidad de difamarnos al informar ésta de que nuestros próceres se habían vuelto coléricos. Por otro lado, era ya tanto y tan diverso el humo que producía el común (diverso, sí, pues, como ha quedado consignado, no eran ya sólo los miembros del común los productores de la colectiva humareda, sino que expelían también enigmático gas algunos presidentes de banca, reclutas, oficiales de la marina —pocos, en este caso— catedráticos de humanidades, senadores, sacerdotes y sargentos y cabos de cocina), que la atmósfera volviose literalmente irrespirable, a tal punto que algunos ciudadanos, impelidos por lo desaconsejable de un aire otrora beneficioso y cristalino, y aún por ciertas partículas venenosas que en el aire fueron creciendo y que nuestros laboratorios químicos no consiguieron descifrar, procedieron silenciosamente a morir. Llevábanse ambos manos al cuello, miraban con extrañeza ante sí, aunque presumiblemente sin ver, ensayaban con taciturna desesperación diferentes visajes en señal de incomprensión y asfixia, y resbalaban hasta el suelo, al que llegaban muertos... Y en este instante de esta crónica verdadera es preciso agregar un hecho, también enigmático, que se agregó a la dimensión general del Enigma: no eran ciertamente los niños, y ni siquiera todos los ancianos, los que solían caer fulminados a causa de aquel humo fenomenal —queremos decir: misterioso—, sino que la más alta porción de víctimas de ese humo enigmático y estereofónico lo era formada por ciudadanos adultos y por jóvenes vigorosos. ¿El mal enigmático no atacaba, pues, a los más débiles sino por el contrario a los más fuertes? ¿Y cómo así, y cómo así? Nos atemorizaba descubrir que el Enigma del Humo contravenía las normas de la naturaleza humana, que de antiguo establece que los débiles ceden mientras que los fuertes resisten. ¡Sucedió lo contrario entre nosotros: los niños y la mayoría de los ancianos expelían su propio humo y tragaban diligentemente el ajeno, sin mayor contratiempo que algunos diseminados fallecimientos por asfixia y una general catadura en cierto modo asemejada a la tristeza, y todo ello sin mayores consecuencias, en tanto que era entre mocetones fornidos y adultos de reconocida bravura donde el humo se cobraba un mayor número de piezas! A tal desacomodo de la lógica nuestros biólogos y nuestros matemáticos no encontraron respuesta que nos tranquilizase, y a fe que la tranquilidad ya resultábanos indispensable, habida cuenta de que algunas irregularidades laterales vinieron a enturbiar más aún el Enigma del Humo. Algunas de las dichas irregularidades pudieran ser consideradas, no sin benignidad, comprensibles. Otras fueron total y descortésmente incomprensibles. Consignaré el cronista aquí, equitativa y lacónicamente, tan sólo una

de cada. Comenzaremos por la comprensible: Sucedió que, como quiera que en nuestra sociedad, sabia de antiguo y de antiguo respetuosa para con cuanta conquista el pasado nos ilumina, las hembras, más conservadoras que los machos (sí: el origen de nuestra sabiduría es ancestral y se remonta hasta la edad de las cavernas), fallecían en menor cantidad, se supone que debido a una mayor disposición para tragar el humo general sin lastimarse hasta el extremo de su propio óbito, en tal desajuste aritmético los ancianos y los maduros, y aún ciertos niños ya próximos a la adolescencia, creyeron adivinar no llegadas aún o ya perdidas posibilidades con respecto a las damas, que más a su disposición quedaban cuanto mayor era, como lo era, el número de piezas adultas cobradas por el humo enigmático; y así, en los rostros de los silenciosos y humeantes ancianos se dibujaba una expresión siniestra que era mitad alegría ante el autoexterminio de los adultos y otra mitad lujuria ante la evidencia de que podían aspirar a un mayor número de damas. Esto, que en su principio es comprensible, se tornó vergonzoso cuando los tales maduros y ancianos, e inclusive abundantes niños de voz antiestéticamente ronca, iniciaron la caza de la dama, no ya en solar discreto o en la penumbra de los porches o los pajares, sino en las calles mismas, en las plazas, en los jardines públicos y hasta en las escaleras de la Diputación y del Congreso. Era atroz ver desde cualquier ventana del Senado cómo un viejo reumático o un mierda, con perdón, de diez años, al vislumbrar alguna de las damas que ellos consideraban sobrantes, llevábanse la mano a la entrepierna para exhibir, ipso facto, un pene miserable pero no obstante perezoso o un apunte de verga súbita pero aún inacabada, con cuyas se lanzaban, entre miradas enlodadas por la lujuria, contra las damas que, inclusive humeantes, podían ser sin embargo nuestras hermanas, nuestras esposas e incluso nuestras madres si se terciaba. Hubo, pues, que reprimir tan inapropiadas escenas, mas como quiera que la represión no alcanzaba a desbaratar la ignominia de una sexualidad tan precipitada y numerosa, la Autoridad, con verdadera angustia, ideó una posible solución que diera fin, no ya tan sólo al bochorno sexual que iba emporcando la ciudad, sino también y por entero al Enigma del Humo. Pensose que tal vez la exhalación incesante de humo pudiera originarse en alguna epidemia, desconocida y aún foránea, que quizá había agarrotado los esfínteres de la ciudadanía (puesto que, sí, el humo general era, además, extraordinariamente maloliente) y de inmediato se procedió al reparto y la ingestión forzosa por parte de la ciudadanía de dosis notables de laxantes de diversa composición, con predominio del ricino. Pero no alcanzó esta medida resultado satisfactorio. Al contrario (y ésta fue una de las irregularidades enteramente incomprensibles ya más arriba reseñadas), los miembros del común así tratados no dejaron de expelear humo, ni olían mejor sino que olían peor, si cabe que el cronista mancille así el idioma con la mención de tan bochornosas bajezas, ni fallecían en menor cantidad: antes bien, se morían de forma más precipitada y descompuesta. Y encima las fábricas de ricino ya no daban abasto.

Si sumamos a todo lo aquí expuesto el hecho de que algunos exhaladores de humo, increíblemente y de forma suicida, renunciaban de pronto, provocativamente, a su silencio e, incluso enfrente mismo del Gabinete de Justicia, pronunciaban, y a gritos, discursos descabellados y estridentes, si sumamos también a ello el hecho de que la represión de estos primeros insensatos no logró más reacción en el común que la mul-